



### ***El Vigía***

**D**ominando la llanura infinita que nace en el piedemonte andino hasta perderse en las costas lacustres, se encuentra la ciudad de El Vigía a tan sólo 60 metros sobre el nivel del mar. Su situación tan envidiable, en medio de un ambiente favorable a todas las actividades productivas, le ha dado a El Vigía un crecimiento acelerado en los últimos tiempos llegando a ser la segunda ciudad del Estado, con una población de 65.894 habitantes. Posee condiciones ideales para un desarrollo a gran escala agrícola, ganadero y comercial, y convertirse en una de las mayores ciudades de los Andes en el futuro. La región posee las tierras de cultivo y ganadería más planas y extensas de toda la geografía del Estado, atravesado por buenas carreteras de circulación rápida que la comunican con los cuatro puntos cardinales y dotado de abundantes fuentes de aguas que proporciona el río Chama y el embalse de

Onía. El Vigía también se comunica con el mundo a través de aeropuerto con capacidad para vuelos internacionales.

Cuando bajamos desde Mérida hacia El Vigía, siguiendo la nueva autopista que parte de Estanquez, podemos palpar el progreso de las vías de comunicación en el Estado Mérida, logrado gracias al esfuerzo y trabajo de los hombres que construyeron esta moderna vía, inaugurada por el Presidente Rafael Caldera en 1996. Fueron muchos los obstáculos a vencer en este proyecto por las dificultades que presentaba el trazado, pero mayor aún fue el empeño humano en someter a la naturaleza: más de veinte años en su construcción. Se abrieron tres largos túneles en el interior rocoso de la montaña, además de refuerzos de concretos en los taludes agrietados por las fallas, rellenos en los bordes muy escarpados y demás obras de ingeniería, para hacer realidad el sueño de varios siglos de los merideños de contar con una vía de acceso segura hacia el Lago de Maracaibo. Haciendo el trayecto uno de los más rápidos, cómodos y prácticos para los que viajan por estos lugares salimos de los Andes y en menos de una hora nos adentramos en la tierra llana. La autopista pasa por el Cañón del Chama, más abajo de Mesa Bolívar, en medio de un paisaje muy verde que preludia las tierras feraces de El Vigía.

El calor y la humedad delatan la presencia de un medio geográfico distinto al que dejamos atrás: la temperatura promedio es de 32 ° C. Y la humedad media anual es de 1.821mm. El calor de la atmósfera nos invade por dentro, calienta la sangre en nuestras venas y derrite los colores del horizonte chato sin límites, la luz tropical que emana del follaje inunda las pupilas. Recordamos ahora los versos de nuestro primer poeta Don Andrés Bello en su "*Silva a la agricultura de la zona tórrida*"

*¡Salve fecunda zona,*

*Que al sol enamorado circunscribe*

*El vago curso i, cuanto ser se anima*

*En cada vario clima,*

*Acariciada de su luz concibes!*

Entramos en el reino del plátano cuyas hojas laminadas y relucientes ondean al viento como estandartes, por los cuatro costados. El Vigía es el primer productor nacional de este fruto maravilloso de gran poder alimenticio y muy sano para el estómago, superior al pan de trigo y a la arepa y de fácil adquisición por la población. Aquí se consume sancochado, un poco verdón, acompañando la carne o el pescado. También se come en forma de tostón, con un poco de sal o bien se fríe en tajadas, cuando se encuentra muy maduro y dulce. Otra forma muy sabrosa de consumirlo es asado entero ya sea verde o maduro, cuando se encuentra completamente maduro, y servirlo con queso blanco rayado por encima.

El plátano es una especie oriunda del sudeste asiático, pero muy arraigada en nuestra América, de excelente cultivo, rápido crecimiento, resistente a muchas plagas y que requiere de poco cuidado por parte del campesino. Por el contrario, nuestros cultivos tradicionales como el cacao, la caña de azúcar y el café requieren de gran cantidad de mano de obra y estarán marcados por siempre por el estigma de la esclavitud. Por eso Bello nos recuerda en el mismo poema:

*" i para ti el banano*

*desmaya el peso de su dulce carga:*

*el banano, primero*

*de cuantos concedió bellos presentes*

*Providencia a las gentes*

*Del ecuador feliz con mano larga*

*No ya de humanas artes obligado*

*El premio rinde opimo:*

*No es a la podadera, no al arado*

*Deudor de su racimo:*

*Escasa industria bástale, cual puede*

*Hurtar a sus fatigas mano esclava:*

*Crece veloz, i cuando exhausta acaba*

*Adulta prole en torno le sucede."*

Los primitivos habitantes de la zona eran los indios Bobures, quienes llamaban a su territorio Puruara. También habitaban allí los Motilones, los Guaruríes y los Mucujepes. En el siglo XVI se dieron las primeras concesiones de tierras en aquel lugar a los vecinos de Mérida. Durante el período colonial se explotó el cacao como principal producto agrícola de la cuenca del Chama, utilizando mano de obra esclava traída desde África, dando un alto rendimiento.

El nombre de El Vigía, proviene del siglo XIX cuando los arcos de mulas cargados de café bajaban por un paso muy difícil y angosto de la cordillera, lo cual impedía la circulación en ambos sentidos. Se empleaba entonces a un vigía que anunciaba cuando se debían detener las mulas que bajaban, para dejar pasar a las que subían. Quedó pues aquel lugar designado como el sitio del vigía o faro de las llanuras, para los hombres de la montaña. Existió un fundo privado llamado El Vigía en aquel lugar.

A fines del siglo XIX, entre 1888 y 1892 se construyó un ferrocarril entre El Vigía y Santa Bárbara del Zulia, por parte de una compañía francesa, de 60 Kilómetros de largo, para transportar mercancías hacia el lago y de allí a Maracaibo. Este ferrocarril servía de enlace entre la montaña y los puertos lacustres. Se funda entonces un caserío con inmigrantes de las montañas andinas, que daría origen a la ciudad. El ferrocarril le dio

un gran impulso a la región, pero tuvo una vida llena de dificultades, pues las inundaciones del Chama y el terremoto de 1894, destruyeron gran parte de las vías. Dejó de funcionar en 1952, cuando se construyó la carretera El Vigía Santa Bárbara. De aquel tren tan sólo queda la locomotora, que hoy se encuentra en la Avenida Bolívar.

En los años 50 comienza el gran desarrollo de la zona del sur del lago, gracias al saneamiento ambiental, la tala de grandes extensiones de terreno para dedicarlos a la siembra y la ganadería y la construcción de la carretera Panamericana. El majestuoso puente de hierro sobre el río Chama, construido en nueve meses, unió a El Vigía y el resto de los Andes con el país. Desde entonces la región se ha convertido en la mayor zona de desarrollo del estado: se instalaron industrias, como un gran frigorífico, una planta pasteurizadora de leche, embotelladoras de refrescos, procesadoras de jugos de frutas, pastas alimenticias e industrias metal-mecánicas. Posee un aeropuerto internacional con una excelente pista para los aviones de carga.

Este desarrollo vertiginoso ha traído, por supuesto, grandes problemas sociales al instalarse en la ciudad oleadas de emigrantes de otras zonas del país y de Colombia buscando empleos. Han surgido barriadas sin planeamiento alguno y con servicios deficientes.

El Vigía es la capital del municipio Alberto Adriani, con una población de 96.460 habitantes. Dicho municipio incluye las parroquias Presidente Betancourt, Presidente Páez, Rómulo Gallegos, Gabriel Picón González, Héctor Amable Mora, José Nucete Sardi y Pulido Méndez.

A lo largo de su calle principal se encuentran moderna oficinas bancarias, agencias de automóviles y otros comercios. Su iglesia de fachada de ladrillos y de aspecto moderno, se alza enfrente de la Plaza Bolívar. El Vigía es la sede de un obispado de reciente creación.

El calor, el tráfico y el ambiente bullicioso del trópico se perciben en sus calles, donde las casas de alegres colores, los vendedores ambulantes y tarantines saturan la mirada.

De cualquier manera, es una grata experiencia visitar una finca de plátano en los alrededores. Visitamos la finca de unos amigos, cerca del sector El Chivo, formada por siete cuerdas de plátano y frutales<sup>1</sup>. Allí tomamos agua de coco y nos zambullimos entre las sombras frescas de los platanales, comimos jugosas guanábanas, parchitas y mandarinas que se dan silvestres por todas partes, al igual que los zapotes, mangos, guamas, nísperos y lechozas.

Para conocer mejor la llanura lacustre del municipio Alberto Adriani, hay que desviarse de la carretera Panamericana y enrumbarse tierra adentro. Hice un viaje junto con Roberto y su hijo, para conocer su nueva finca de ganado en la zona de El Uvito, ubicada dentro del estado Zulia, pero muy cercana a Mérida. Roberto es un gran amigo de toda la vida, profesor de la ULA y hombre muy emprendedor, como buen tachirense. Salimos de El Vigía en dirección a San Cristóbal, algo temprano. Al llegar al kilómetro 15, aparece un pequeño poblado, donde hay varias carnicerías, un gran abasto, una escuela, una iglesia y varias casas de techo de zinc. Es un pueblo de encrucijada, llamado El Quince. Allí nos detuvimos un rato a descansar, tomamos unos refrescos y continuamos el viaje, tomando la vía de la derecha que conduce hacia Santa Bárbara del Zulia. Es una carretera recta que atraviesa potreros de ganado y platanales.

El paisaje es completamente plano, y en amplio horizonte se destacan las copas de las majumbas, como llaman por éstos lados a la ceiba, y algunos matapalos de raíces tubulares que se adhieren al tronco, semejando el órgano de una iglesia. Un sol radiante de media mañana inunda con sus rayos luminosos el verde del follaje y hace resaltar los blancos lomos del ganado cebú de una hermosa finca. Entre las reses que pastan se ven picoteando aquí y allá las blancas garzas y los negros garrapateros que se alimentan de

---

<sup>1</sup> Una cuerda es un cuadrado de 80x80 metros = 6.400 metros cuadrados.

los parásitos de la piel de los animales. En el cielo bastante despejado, apenas algunas nubes delgadas interrumpen uniformidad del azul cristalino. Un vientillo fresco del mes de diciembre nos trae los aromas de los potreros, las flores silvestres que crecen a la orilla del camino y la tierra húmeda que comienza a calentarse.

Después de recorrer unos diez kilómetros atravesamos un puente sobre un río de aguas color de barro, Caño Amarillo, que sirve de línea divisoria entre los estados Mérida y Zulia. Una raya imaginaria en la geografía política de los mapas, que no tiene incidencia alguna sobre la fisonomía del paisaje. A lo largo de los linderos corren unos canales de drenaje a través de los cuáles se descargan las aguas de lluvia hacia el río Onía. Después de recorrer un par de kilómetros se termina el pavimento y la carretera ahora es de tierra. Nos desviamos de ésta vía principal y nos internamos en un camellón, o camino de tierra algo angosto, que nos lleva hasta la finca de El Uvito.

En esta zona se dispone de todo lo necesario para el éxito en las labores agropecuarias: hay agua abundante en el subsuelo durante todo el año, a muy poca profundidad, la cual puede ser extraída fácilmente con bombas de mano, tierras muy fértiles, clima benigno y carreteras planas para sacar la producción. Sin embargo la gran mayoría de los propietarios de grandes fincas no vive en la zona, debido a la inseguridad. No pude observar vigilancia policial mientras estuve allí.

Visitamos otras fincas de los alrededores y nos llamó la atención la gran diversidad de cultivos. Cada finca es distinta de la otra. En algunas hay potreros principalmente y tienen una o dos cuadras de plátano para consumo interno. Otras son exclusivamente de frutales como naranjas, mandarinas, guayabas, parchitas, zapotes y lechozas. En otras por el contrario se siembra plátano y bajo la sombra de éste el cacao, y además se tienen algunas vacas lecheras.

Tanto la ganadería como la agricultura en estos lugares se hacen en forma natural. El ganado consume el pasto del terreno, sal, agua y melaza. En cuanto a los cultivos, no requieren de sistemas de riego ni abonos químicos.

Algunos propietarios me ofrecen fincas para la venta. Aquella de al lado produce plátano y cacao. El cacao lo venden en El Vigía a una compañía que lo exporta a los Estados Unidos, a través del aeropuerto. Más allá hay otra finca de naranjas, está bien cuidada y en plena producción. Se vende en 18 millones. La dueña está cansada y quiere retirarse.